

La síntesis más gráfica de las dos corrientes culturales del Alto Aragón quizá se encuentre en las ventanas de las iglesias serrablesas más antiguas y puras, que presentan elementos definidamente musulmanes, como los arcos de herradura con ajimez y el alfiz, y otro carolingio, el arco de medio punto. Así en Lárrede, en Busa y en Susín.

Concretando, pues, una clasificación de elementos, diríamos que son musulmanes —mozárabes— el arco de herradura, la ventana ajimezada, el alfiz y las torres-minarete. Y señalaríamos como carolingios, el ábside semicircular en el exterior y en el interior, el arco

de medio punto y las arcuaciones murales.

Así, aún cuando en términos rigurosos, como señalábamos antes, las iglesias serrablesas habrían de ser calificadas como pertenecientes al estilo carolingio-musulmán, es más que probable que merezcan el calificativo de mozárabes, no por su semejanza con los ejemplares de este estilo que se encuentran fuera de Aragón, sino por un tercer elemento, inmaterial, que a fin de cuentas fue el alma de aquellas edificaciones: la prevalencia del rito hispánico o mozárabe en las tierras altoaragonesas hasta la conocida fecha del año 1071 en que se introdujo la liturgia romana..



ORDOVES Iglesia pre-románica de San Martín, siglo XI.



los ábsides

En la proyección de datos castellanos y catalanes al problema artístico de las iglesias de Serrablo, se descarta su mozarabismo y se admite la influencia del primer románico de Cataluña. Y no es sin falta de agudeza, gracias a cierta semejanza entre los ábsides catalanes y los del grupo serrablés: ábsides de planta semicircular en el exterior y en el interior, con arcuaciones murales ciegas en la parte externa. Son los dos elementos que más influyen en dificultar el problema estilístico, problema que no lo sería tanto si los ábsides serrableses fueran rectangulares.

Respondiendo a esta seria objeción a nuestra teoría sobre el mozarabismo de los monumentos de Serrablo, comenzaremos por constatar que el ábside semicircular no es el único modelo que presentan. Cabeceras rectangulares se encuentran —aparte los conocidos de la iglesia baja de San Juan de la Peña— en San Bartolomé de Gavín y en San Juan de Espierre. Y es también rectangular el ábside lombardo de San Martín de Belsué.

En realidad los ábsides del primer románico catalán y los serrableses sólo coinciden en un aspecto, en sus semicírculos. Se parecen un tanto en las arcuaciones ciegas. Y difieren del todo en un elemento —el friso de baquetones— que da cierto carácter a los de Serrablo y que no se encuentran en Cataluña.

Los arquitectos lombardos, de menor entidad, en grupos de tres o más, enlazan las lesenas. Los arcos ciegos serrableses, de mayor luz, apean individualmente sobre

pilastrillas verticales. No parece, pues, que los arcos absidiales de Serrablo puedan, sin más razón, ser clasificados como lombardos. Y si añadimos los arcos ciegos al friso de baquetones como elementos diferenciadores, llegaremos a la conclusión de que de hecho no se parecen los ábsides del primer románico catalán y los de las iglesias serrablesas.

Si el friso de baquetones, por lo que conocemos hasta ahora, es una aportación original altoaragonesa —ya que se encuentra también fuera de Serrablo—, no puede decirse lo mismo de los arcos ciegos no lombardos.

En una relación de urgencia, citaremos tres monumentos no aragoneses con arcos de factura semejante a los de Serrablo. En el Roselló, el ábside de la Catedral de Elna presenta grandes arcos ciegos que apean cada uno de ellos en pilastrillas, con la particularidad de que sus tímpanos están contruidos con **opus reticulatum** y son señalados en su parte inferior por una moldura lineal. En Cataluña, la iglesia de Sant Ponç de Corbera, cuyos ábsides se decoran con arcadas que poco difieren del tipo serrablés. Y en Calabria, parte de la Magna Grecia, campo de luchas entre bizantinos y musulmanes, la cabecera de la iglesia de Santa María del Patire en Rossano Cálábri, terminada en tres ábsides, ornamentado cada uno de ellos con cinco arcos murales y las correspondientes pilastrillas. Grupo absidial que, en frase de Heinrich Decker, lo debe todo a la tradición bizantina y está exento de formas normandas.

Foto
OTAL.
Detalle del ábside.

Los tres ejemplos de un mismo modelo en ejemplares tan distantes de Aragón parece que han de implicar una raíz común, que no puede ser el arte lombardo. Raíz que se encuentra sin duda en el arte bizantino, llegado directamente a Calabria e introducido tanto en Roselló y Cataluña como en Aragón a través de la arquitectura carolingia que, como es sabido, asimiló las ideas bizantinas en el Norte de Italia. Por lo que respecta a Aragón esta introducción es históricamente razonable en virtud de la fundación de los monasterios carolingios de San Pedro de Siresa y San Martín de Ciella hacia el año 830.

A despecho de la restauración de que fue objeto en la segunda mitad del siglo XIII, parece que debe ser atribuido fundamentalmente al arte carolingio el templo monástico de San Pedro de Siresa —otro apasionante problema arquitectónico altoaragonés—, cuya decoración, a base de arcos ciegos en el exterior y en el interior de sus paramentos, no responde en manera alguna a los criterios artísticos de una posible, aunque no probable, reconstrucción del monasterio por el rey Sancho Ramírez, ni obviamente a los que regían en tiempos del obispo Vidal de Canellas, que quiso devolver su antiguo esplendor al ruinoso cenobio carolingio.

Los arcos ciegos y los ábsides semicirculares de Serrablo han de tener su antecedente en este modelo siresense y en otros de la misma época desaparecidos, como el de San Martín de Ciella (Ansó).

Si en el campo paleográfico la tradición carolingia de Siresa se mantenía en la segunda mitad del siglo X, como demuestra el sacramentario de que hablábamos antes, en el artístico su ejemplaridad subsiste en los ábsides del grupo serrablés, así como en otros elementos arquitectónicos de las mismas, como sus ventanas de arco de medio punto.



LASIESO. Vista general.

Cronología

La falta absoluta de documentación escrita referente a los monumentos mozárabes altoaragoneses torna particularmente difícil el establecimiento de su cronología. Sin embargo, creemos que se conservan los datos suficientes para intentarla.

El profesor Alberto del Castillo, insigne por tantos conceptos, en un reciente reportaje periodístico, juzga tempranera la cronología de las iglesias serrablesas que hemos apuntado al principio: del 940 al 1050, comprendidos los tres períodos evolutivos observados. Y ello porque, en su opinión, siendo durante el siglo X «frente de guerra», la región de Serrablo no ofrecía condiciones propicias para la floración del conjunto arquitectónico que ha llegado hasta nuestros días.

Es probable que este argumento más bien favorezca nuestra teoría. Consta que fue precisamente el movimiento de los ejércitos aragoneses y navarro por tierras serrablesas la ocasión de que surgieran, por lo menos, los dos importantes monasterios a que nos hemos referido repetidas veces, los de Cerito y Fanlo, conforme a una norma regularmente observada en el Alto Aragón, donde la conquista de cada comarca implicaba la fundación de un nuevo monasterio que influyera en muchos sentidos sobre la misma. Procedimiento que parece haber sido heredado de la estrategia carolingia en lo político, religioso y económico.

Consta también que los «frentes de guerra» —si así pueden llamarse las zonas fronterizas— eran forti-

ficados en una doble vertiente: la militar y la demográfica. Se restauraban castillos musulmanes y se construían nuevas fortalezas según las necesidades ofensivas y defensivas. Y al mismo tiempo se procedía a cierta repoblación que sin duda debía responder a la necesidad de obtener combatientes y a la de asegurar el abastecimiento de los mismos.

Aunque sea de la segunda mitad del siglo XI, será seguramente ilustrativo de esta estrategia el ejemplo típico de la comarca de Alquézar. Convertida en «frente de guerra» y en base de operaciones militares ofensivas y defensivas frente a la ciudad musulmana de Barbastro, el rey Sancho Ramírez restaura los antiguos castillos musulmanes de Alquézar, Huerta de Vero y Castellazuelo; crea la población de Betorza y puebla como villa el antiguo monasterio de San Cucufate de Lecina; y al mismo tiempo traslada a Alquézar el monasterio de San Juan de Matidero para la fundación de la nueva canónica de Santa María.

Está claro, nos parece, que las «condiciones propicias» para la repoblación —y cristianización, quizá— de Serrablo se dieron en la segunda mitad del siglo X precisamente por ser «frente de guerra». Condiciones, en cambio, que no se dieron durante el reinado de Sancho el Mayor de Navarra, durante el cual el peso de la geografía militar se había trasladado justo donde comienza la Tierra Baja, lejos de Serrablo.

El gran rey navarro, por otra parte, emprendió la gran tarea de restaurar los desolados condados de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza, arruinados a causa de las campañas musulmanas. Por lo que nos es dado saber, la política de liberación altoaragonesa de Sancho el Mayor no tuvo como consecuencia una súbita explosión de bienestar económico, ni mucho menos, que crea-



*SAN JUAN DE BUSA.
Vista interior de
la ventana restaurada.*

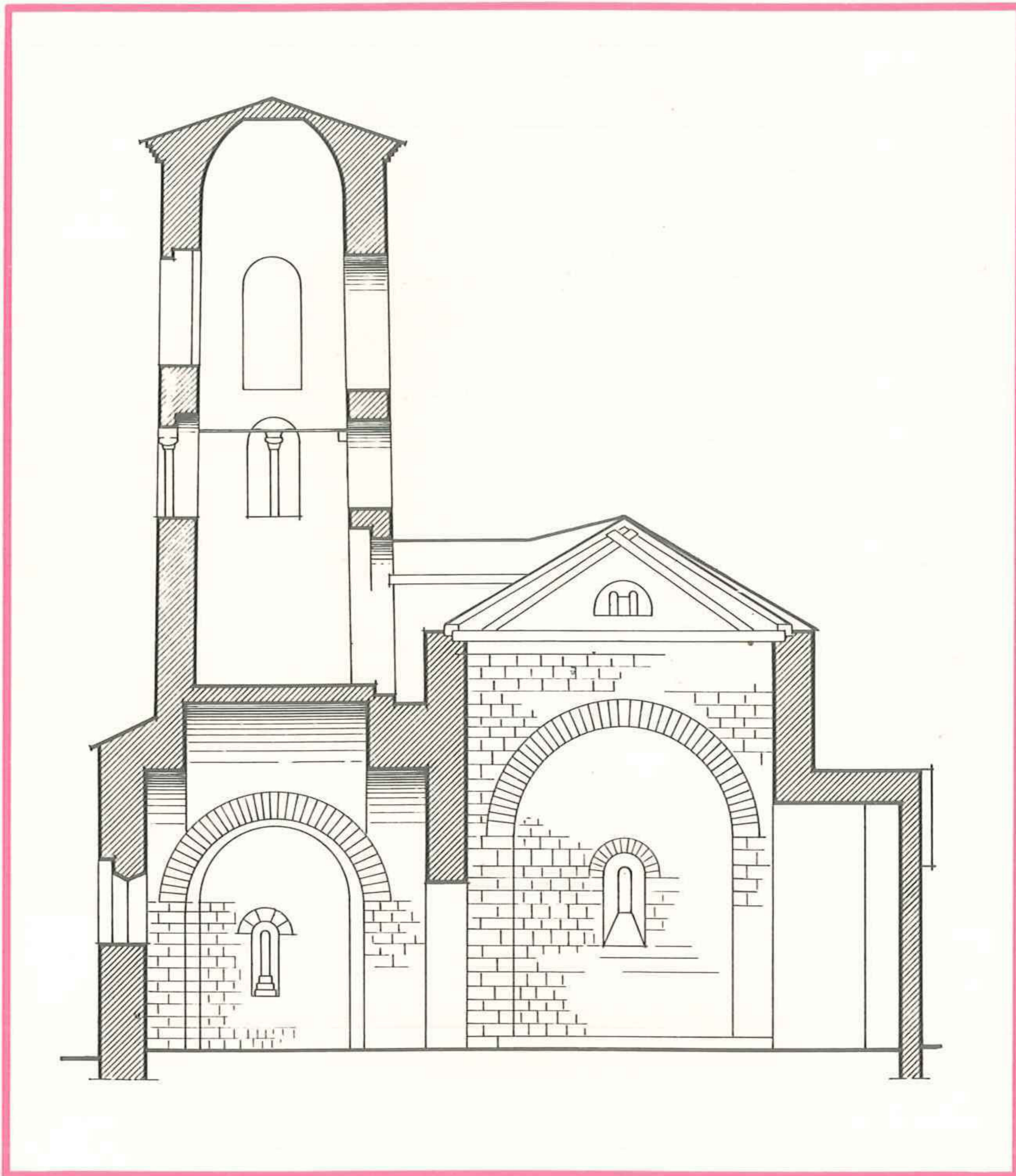
se al ambiente propicio a la producción del fenómeno artístico serrablés. Su acción tuvo que centrarse en la reestructuración política, religiosa y económica del Viejo Aragón, de Sobrarbe y de Ribagorza. Acción que, a nuestro entender, no afectó la región de Serrablo que había escapado de los desastres del año mil.

Cierto que durante su reinado se construyeron algunas nuevas iglesias en esta región, en una línea seguramente de continuidad de su desarrollo, iniciado en la segunda mitad del siglo X que no tuvo solución. Son las que hemos clasificado como ejemplares del segundo mozárabe altoaragonés, que no tienen la belleza, la gracia ni la destreza que se advierten en los monumentos del primer mozárabe. Iglesias decadentes artísticamente, como pueden verse claramente en Ordovés, Satué, Isún y otras.

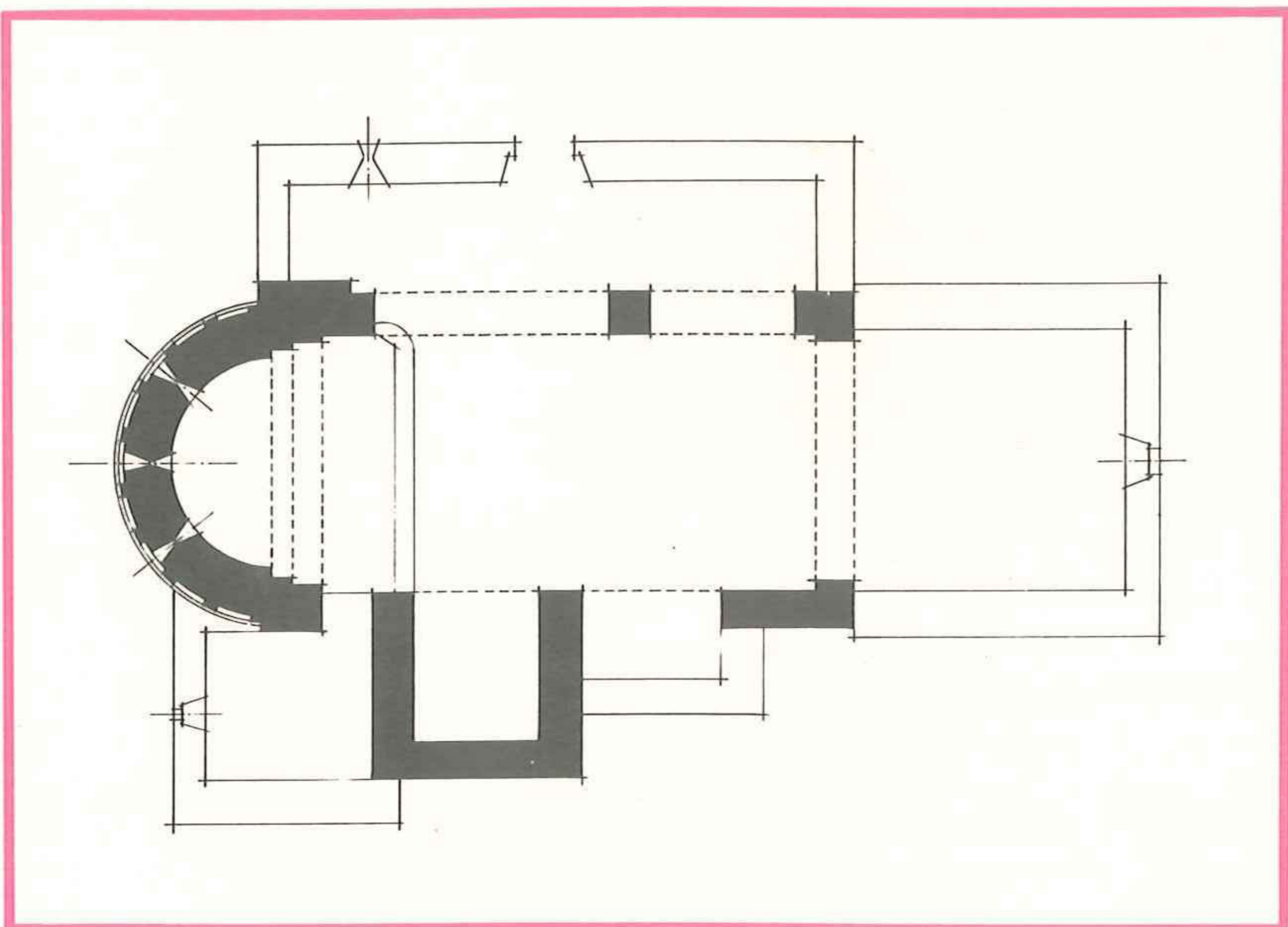
De otra parte, aunque no se cuente con un estudio metódico de la arquitectura del siglo XI en Sobrarbe y Ribagorza, se conocen suficientes ejemplares para llegar a la conclusión de que las construcciones de su tiempo —aparte las

de estilo lombardo— son radicalmente diferentes de las del grupo serrablés más genuinas. Esto puede observarse en el núcleo primitivo del castillo de Loarre, en la iglesia monástica de San Juan de Ruesta o a la iglesia de Samitier, por citar unas pocas edificaciones, y los restos de las fortalezas de la línea defensiva-ofensiva creada por Sancho el Mayor en la frontera meridional de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza.

En conclusión: las iglesias serrablesas cronológicamente, por lo que se refiere al grupo perteneciente al primer mozárabe altoaragonés, han de ser fechadas en la segunda mitad del siglo X por razones históricas y artísticas. Porque fue en este tiempo cuando se fue consumando la incorporación de Serrablo a la cristiandad navarro-aragonesa. Y porque fuera de esta región y de algunas comarcas vecinas, durante el primer tercio del siglo XI la arquitectura sigue unos postulados, dentro de una total sobriedad y falta de imaginación en lo decorativo, totalmente diferentes de la que concibió un San Bartolomé de Gavín, un San Juan de Busa o un San Pedro de Lárrede.



*LASIESO.
Alzado de la sección
interior, lado este.*



*OTAL.
Planta de la Iglesia.*



SAN JUAN DE BUSA. Perspectiva del ábside.



SAN BARTOLOME. Detalle.

No sería justo terminar este artículo sin una cordial mención de la asociación «Amigos de Serrablo», con sede en Sabiñánigo, que se halla inmersa en la gran tarea de conservación de los monumentos mozárabes de su vieja región, a los que atiende con sus no excesivos medios y con el trabajo directo de sus propias manos. Busa. Lasieso, Ordovés, San Bartolomé de Gavín... son ya una palpable demostración de la eficiencia, cariño y buen sentido de «Amigos de Serrablo», entidad digna de elogio y de ser imitada.